

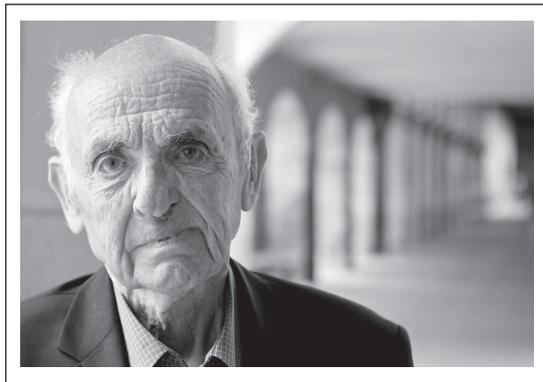
Jürgen Untermann (Rheinfelden, 24/10/1928 - Pulheim, 07/02/2013)

A la edad de 84 murió en su casa de Pulheim, cerca de Colonia (Alemania), de cuya Universidad había sido Catedrático de Lingüística histórica y comparada durante veintiocho años hasta su jubilación en 1993, Jürgen Untermann, uno de los mayores conocedores de las lenguas prerromanas de la Península Ibérica.

Untermann pertenecía a la primera generación de la postguerra, la de los que llegaron a su edad estudiantil en una Alemania derrotada y destruida, a la que pertenecían también quienes fueron compañeros de estudios en Tubinga y más tarde colegas de profesión como H. Rix, W. Meid o W. P. Schmid.

Tras cursar estudios de Teología primero y Letras Clásicas después, culminó sus estudios de postgrado en 1954 con una tesis doctoral sobre el “Léxico del Cippus Abellanus y la Tabula Bantina”, dos importantes inscripciones oscas, bajo la dirección de Hans Krahe, que había tomado posesión de la cátedra de lingüística comparada de Tubinga en 1950. Krahe, con cuyo manual de *Lingüística Indoeuropea* (Berlín 1943) aprendieron la disciplina no solo los estudiantes alemanes de la postguerra sino también los españoles —gracias a una traducción editada por CSIC en 1953, que estuvo en vigor casi hasta la década de los '80—, estaba interesado por el estudio de las zonas indoeuropeas del Este europeo y los Balcanes, en las que los materiales, a falta de inscripciones indígenas, se reducían a nombres propios de persona y lugar. De esta manera tuvieron contacto Untermann y los demás discípulos de Krahe, con las investigaciones del maestro sobre la lengua de los ilirios y su supuesta expansión prehistórica por amplias regiones de Europa occidental. Krahe los involucró además en mayor o menor medida en su proyecto, de modo que Untermann se encargó del estudio onomástico de dos lenguas itálicas que en opinión de Krahe tenían estrechas vinculaciones con el ilirio: el véneto (*Die venetischen Personennamen*, 1961) y el mesapio (*Die messapischen Personennamen*, 1964).

Untermann empieza su carrera académica, por tanto, dedicado a las lenguas itálicas, un terreno natural para un graduado en lenguas clásicas con intereses en las lenguas menores indoeuropeas occidentales. Pero en 1958 llega al Instituto Alemán de Madrid con una beca de la Deutsche Forschungsgemeinschaft para participar en el proyecto



www.diariodenavarra.es

de puesta al día del anticuado corpus de inscripciones ibéricas de E. Hübner, el famoso *Monumenta Linguae Ibericae* (1893), sin sospechar que esa beca, en principio limitada a unos pocos años, le iba a abrir un campo de estudio que se convertiría en el centro de su vida investigadora. Las antigüedades hispanas tenían vínculos históricos muy fuertes con la tradición académica alemana, ya que no en balde las figuras más señeras de la lingüística, la epigrafía y la arqueología prerromanas, como Humboldt y Schuchardt entre los lingüistas, E. Hübner o A. Schulten, eran alemanes. Por otro lado, el desciframiento de la escritura ibérica por M. Gómez Moreno, que había revolucionado los estudios ibéricos y prerromanos en general desde su misma raíz, apenas se conocía desde no más de una docena de años. Era un campo propicio para un joven de sólida formación y ya algo escarmentado en el tratamiento de textos de lenguas poco conocidas.

Sus investigaciones se centran en el estudio de las monedas, un material adecuado para iniciarse en un dominio totalmente nuevo, donde hay que enfrentarse con una escritura especial y unas lenguas mal conocidas. Las monedas habían merecido un tratamiento privilegiado por parte de J. Caro Baroja a la hora de probar en detalle la bondad del desciframiento de Gómez Moreno y podían ofrecer datos fidedignos para avanzar en el conocimiento epigráfico y lingüístico de las lenguas de Hispania. Así, sus primeros contactos en España fueron con los numismatas Joaquín M^a Navascués, Pío Beltrán o Pedro Vegué, que le abrieron las vitri-

nas de las colecciones monetales que custodiaban. Contó también con la ayuda inestimable del propio M. Gómez Moreno, que no solamente le permitió estudiar las colecciones de monedas del Instituto Valencia de Don Juan, sino que siguió sus trabajos con gran interés, a pesar de su avanzada edad.

El estudio de las monedas, en su vertiente más lingüística como soporte de leyendas monetales indígenas, fue rápidamente acompañado del estudio sobre topónimos y nombres de persona indígenas transmitidos en epigrafía latina. Por un lado era un campo de estudio, el de la onomástica, ya trabajado por él en Italia; por otro, ciertas regiones de la península Ibérica eran extremadamente ricas en onomástica indígena, cuyo valor como guía para la elaboración de mapas etnológicos ya había sido puesto de manifiesto por Gómez Moreno en trabajos anteriores a la guerra civil. Este valor tampoco le pasó desapercibido a A. Tovar, que desde su cátedra de Salamanca había puesto en marcha un programa de recogida y estudio de los nombres de persona indígenas, que dieron excelentes frutos en las tesis de R. Palomar Lapesa y M^a L. Albertos, años más tarde. El mérito de Untermann fue proponer, en un tiempo corto de tiempo, un panorama general de la distribución de las lenguas paleohispánicas, haciendo uso de una aguda perspicacia lingüística a la hora de escoger los materiales más adecuados. Así, el opúsculo de 35 p. y 19 mapas (*Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien*, 1962 = *APL* 1963, 165ss) establecerá con nitidez las fronteras lingüísticas entre una Hispania indoeuropea, caracterizada por topónimos en *-briga*, en *sego-* y algunos nombres propios como *Cloutius*, y una Hispania no indoeuropea e ibérica de los topónimos en *-ilti*, *-iltu*, con una tercera región, dominio de los topónimos en *-uba* e *-ippo*, limitada a Andalucía. De la misma manera su *Elementos de un Atlas antroponímico de la Hispania Antigua* (1965) consigue, con una selección adecuada de la ingente cantidad de material onomástico disponible, ofrecer un panorama bien perfilado de las distintas áreas onomásticas de la península, destacando las particularidades de cada una así como las relaciones existentes entre ellas. Este libro, a pesar de los años transcurridos, constituye todavía una obra de referencia sobre el tema.

Estos dos trabajos y otros que Untermann irá publicando en años siguientes ponen de manifiesto la preocupación del autor por las deficiencias metodológicas que los estudios onomásticos mostraban por aquellos años, ya que casi indefectiblemente se centraban en propuestas etimológicas sin atender a justificaciones geográficas ni históricas, catalogando unas veces los nombres de ilíricos,

otras de ligures, celtas Q-, ibéricos, vascos, mediterráneos, etc. según los paralelos hallados por el etimólogo. Estas reflexiones metodológicas le llevarán a la asunción del concepto o noción de *Namenlandschaft* o “área onomástica”, definida por la co-presencia de un conjunto de nombres con ciertas características comunes (bien fonéticas, bien de frecuencia de elementos, etc.), en cuyo marco deberán hallar acomodo las explicaciones lingüísticas. No deja de ser un criterio muy razonable para constreñir de algún modo la excesiva libertad que poseen los nombres propios para ser comparados externamente con secuencias y elementos aparentemente idénticos o similares de lenguas diferentes.

Este tipo de pensamiento explica la poca simpatía que profesaba Untermann por los estudios toponímicos a gran escala, como la teoría de la hidronimia antigua europea, puesta en marcha por Krahe en sus últimos años como evolución de sus tesis pan-iliristas (véase “Zur Problematik der alteuropäischen Hydronymie: Hispanien und Italien”, *Beiträge zur Namenforschung* 44:1, 2009, 1-34).

En 1965 ocupa la cátedra de Lingüística histórica y comparada de Colonia iniciando un largo periodo de magisterio, donde conjugará los deberes propios de la docencia de la disciplina con los dos ámbitos prioritarios de su investigación: las lenguas itálicas y las lenguas paleohispánicas. El proyecto de renovación del corpus de Hübner exigía enfrentarse directamente con el estudio de las inscripciones indígenas, y aunque Gómez Moreno ya había actualizado en parte el catálogo, quedaba un enorme trabajo por realizar. Untermann se puso a la obra con un entusiasmo y una dedicación encomiables, visitando todos los museos y colecciones en los que se guardaban los textos, con el fin de hacer descripciones fidedignas de los epígrafes, establecer lecturas propias e independientes y realizar calcos y fotografías, que acabaran siendo con el tiempo los elementos de una nueva edición actualizada de la epigrafía paleohispánica. Los *Monumenta Liguarum Hispanicarum*, cuya publicación se dilató desde 1970 (vol. I dedicado a las monedas) hasta 1997 (vol. IV dedicado a las inscripciones tartesias y celtibéricas), causan admiración no solo por ser uno de los productos más logrados de la filología clásica y mediterránea, sino sobre todo por serlo de una única persona, que viviendo a considerable distancia de los lugares de conservación de los textos logró estudiarlos directamente, superando las dificultades de la dispersión, del estado deficiente de la documentación y de la diversidad lingüística del material. En este trabajo contó con la ayuda

de su mujer Bertha, no solamente como madre de una numerosa familia y eficiente organizadora de la logística que suponía el desplazamiento en coche durante las vacaciones académicas, sino también como ayudante en el ordenamiento de fichas y hasta en el establecimiento de algunas difíciles lecturas. Además, los *Monumenta* de Untermann, a diferencia de otros repertorios epigráficos, no se quedan en una edición de los epígrafes, sino que cada uno de los volúmenes ofrece en sus respectivas introducciones el más exhaustivo y autorizado estado de conocimiento de cada una de las lenguas paleohispánicas. Es seguro que la investigación futura irá aportando nuevos datos y nuevas interpretaciones, que en algunos puntos modificarán el estado de los *Monumenta*, pero a no ser que haya una revolución en la comprensión del ibérico, los avances vendrán —y seguramente de la mano de más de un investigador especialista en alguna de las lenguas particulares— sobre el sólido edificio construido por él.

Untermann siempre mantuvo, en lo sustancial, una visión bipartita de la situación lingüística de la Hispania prerromana, la que quedaba tan bien expresada por la línea *-ilti / -briga*. A ello añadía la distribución de la onomástica personal, que en su opinión no contradecía ese reparto. Por esta razón, cuando apareció la inscripción lusitana de Cabeço das Fráguas, que le sirvió a Tovar para afirmar la existencia de una lengua independiente en el occidente peninsular, Untermann siguió fiel a su idea anterior. Incluso acogió con buenos ojos todas las sugerencias que pretendían relacionar al tartesio con el celta, como puede verse en sus *Monumenta IV* de 1997, aunque se diera cuenta de que las pruebas no eran definitivas. Por el lado ibérico, concibió al inicio una unidad lingüística de la región, para admitir más tarde la existencia de otras lenguas diferentes del ibérico en el dominio *-ilti*. Así, sobre el vasco antiguo, adoptó inicialmente la propuesta de Schmoll que lo concebía como lengua originariamente aquitana continental y no peninsular, para aceptar más tarde su presencia en tierras vasconas; igualmente pensó que el ibérico se había impuesto a otra lengua en la zona narbonense, a juzgar por la presencia de ciertos nombres de persona no ibéricos y no galos en las inscripciones de la zona (*APL* 12, 1969). En cuanto a la teoría vasco-iberista, era claro detractor de la misma, especialmente en su versión más tradicional humboldtiana (nunca dejaba pasar la oportunidad de calificarla como dogma), y en la práctica su labor editorial supuso el debilitamiento de uno de los argumentos más utilizados para la defensa de la teoría, la famosa leyenda *guduadeisdea* de un letrado de Liria, que Untermann leyó como *kuturoisor*. Pero en el fondo, creo que era partida-

rio de un vasco-iberismo difuso, manteniéndose en esto en la línea de Gómez Moreno.

Independientemente de sus ideas sobre la clasificación del lusitano o las relaciones del vasco y el ibérico, Untermann logró avances definitivos en la interpretación de ciertos aspectos de las lenguas paleohispánicas. En el ámbito del celtibérico fue crucial su descubrimiento de la desinencia *-o* de gen.sing. de los nombres temáticos (*Fs. Pokorny* 1967), en aplicación de una metodología que no se centraba esencialmente sobre reflexiones etimológicas, sino sobre distribución de elementos en la fórmula onomástica y en sus paralelos en los reflejos latinos, aunque su repercusión para el debate sobre la posición lingüística del celtibérico en el grupo celta fue enorme. En el ámbito de la lengua ibérica, hay que señalar el estudio de la formación de los nombres de persona, en el que logró aislar un conjunto de elementos antroponímicos, que constituye hoy en día el lado más seguro de la lengua (*APL* 17, 1987, 1-30); igualmente profundizó en el análisis combinatorio de ciertos elementos cortos de naturaleza sufijal y de aspecto gramatical, documentados sobre todo en los plomos ibéricos, proponiendo una inicial descripción meramente formal de la gramática (*Actas IV Coloquio = Veleia* 2-3, 35-56). También su aportación a las inscripciones del Suroeste hispano, llamadas por él tartesias, es reseñable, aunque en este terreno los logros se limiten por ahora más bien a cuestiones de escritura (valga su comentario al signario de Espanca, *MMit* 38, 1997, 49-66).

A todo este trabajo científico —en el que también hay que señalar sus valiosas aportaciones a las lenguas itálicas, como su magistral *Worterbuch des Oskisch-Umbrischen* (1999)— hay que añadir otro aspecto muy importante: su desinteresada y generosa disposición a ayudar a todos los investigadores españoles y portugueses, en especial a los más jóvenes, que se interesaban por los estudios paleohispánicos y lingüísticos en general. Su casa de Colonia y su departamento en la universidad estuvieron siempre abiertos para todos ellos, que no tenían en Alemania mejores embajadores que Jürgen y su esposa Bertha. Por allí pasaron J. Siles, J. Velaza, I. X. Adiego y otros muchos entre los que me cuento. Ha dirigido las tesis doctorales de I. Panosa, A. Quintanilla y C. Búa sobre temas paleohispánicos de Luisa García García sobre germánico, y ayudado con sabios consejos a otros, como C. García Castellero en su tesis sobre osco-umbro.

Todo este trabajo científico le reportó a Jürgen Untermann el reconocimiento unánime de los colegas peninsulares, que se vio reflejado de diversas maneras. En primer lugar, tras la muerte de Tovar

en 1985, ocupó la presidencia del Comité Internacional de los Coloquios sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas que habían iniciado su andadura en Salamanca en 1974 con ocasión del hallazgo del Primer Bronce de Botorrita. Fue miembro del comité de redacción de varias revistas, entre ellas *Veleia*, *Complutum*, *ELEA* y *Palaeohispanica* y miembro del Instituto Arqueológico Alemán, del Institut d'Estudis Catalans y de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona. Para festejar su jubilación académica se le ofreció un libro homenaje por parte de sus amigos hispanos (*Studia Palaeohispanica*, 1993), que vino a sumarse a otro homenaje de carácter más internacional (*Sprachen und Schriften*, Innsbruck 1993). Fue nombrado Doctor Honoris Causa por las universidades de Salamanca (1991) y de Santiago de Compostela (2003). En 2010 recibió de manos del príncipe de Asturias y de Viana el prestigioso Premio Príncipe

de Viana de Cultura, concedido por el Gobierno de Navarra, por toda su trayectoria académica y su estrecha vinculación con España.

Aparte del reconocimiento oficial, Jürgen Untermann y su esposa Bertha han sabido granjearse la amistad sincera de tantos y tantos estudiosos de las antigüedades hispanas, que hemos hallado en ellos unas personas encantadoras, humildes y accesibles en el trato, extraordinariamente austeras consigo mismas y sus cosas, al tiempo que enormemente generosas con quienes les pedían ayuda o consejo.

Joaquín Gorrochategui Churruga
Catedrático de Lingüística Indoeuropea
Director del Instituto de Ciencias de la Antigüedad
Universidad del País Vasco
joaquin.gorrochategui@ehu.es